

Dígalo si nó la Salve, la plegaria [del que gime, pero no desesperado, sino lleno de confianza y resignacion. La súplica del desterrado que de un momento á otro espera el bajel que le conducirá á su patria.

¶ Dulcísima oración á fé, y más que nada dulcísima, por dirigirse, no al juez que mira en el delincuente al ultrajador de la ley, ni al padre [cuyo ceño irritado nos hace examinar los deslices] de nuestro corazón, sino á la madre, personificacion de la ternura, la que olvida la ofensa y no sabe más que compadecerse del hijo que prevarica. Por esto sienta tan bien en nuestros labios esta oración de la tierra, pero que parece venida del cielo, divina plegaria que ensancha el corazón del que la pronuncia, y que como un grito de agonía, de esperanza y de súplica sube de nuestros labios, al trono de las misericordias donde reina la Madre de Dios.

Antes de pronunciarla, parece que nos examinamos, y al mirarnos tan llenos de miserias, de perversas inclinaciones, envejecidos en el mal é inhábiles para todo lo bueno, tan pobres y rodeados de tantos peligros, horrorizados del triste espectáculo que presenciarnos, instintivamente nuestros ojos se van arriba, y allá en el cielo, trascendiendo nuestra alma sobre todos los ejércitos de ángeles y pléyades de bienaventurados, se postra delante del trono de María, á quien más que por su belleza, que por los resplandores que la rodean, que por la majestad que la engrandece, ha reconocido por el instinto natural con que todo hijo reconoce á la que tiene para él corazón y entrañas maternas.